



## World Library and Information Congress: 69th IFLA General Conference and Council

1-9 August 2003, Berlin

**Code Number:** 124-S  
**Meeting:** 139. Management and Marketing  
**Simultaneous Interpretation:** Yes

### Para conducir a la esfera política a sostener las bibliotecas en Quebec

#### Lise Bissonnette

Presidenta-directora-general  
 Bibliothèque nationale du Québec  
 Québec, Canada

#### Resumen

Construir una gran biblioteca pública, hoy día, requiere determinación y perseverancia. *Contrariamente a lo que se podría pensar, lo más difícil no consiste en obtener el apoyo de la esfera política. Nuestra experiencia reciente, en el Quebec, muestra que las reticencias expresadas provienen más bien de las pequeñas bibliotecas que se sienten amenazadas por la emergencia de una nueva gran estructura; de ciertos medios intelectuales que ven en ella una expresión de la cultura obsesionada por el pasado, o de ciertas autoridades locales tradicionalmente indiferentes a ese género de proyecto.*

*Para desarmar esas resistencias, no existe ninguna receta milagrosa. Antes que nada hay que saber escuchar y adaptarse a fin de proponer, sobre la base del partenariado, respuestas concretas a las inquietudes de unos y otros.*

Desarrollando así su espíritu de servicio, afinando su percepción de las necesidades y aportando rápidamente soluciones a los problemas planteados es como la futura Gran Biblioteca de Quebec ha llegado a ganarse la adhesión de interlocutores inicialmente hostiles. Ciertamente se trata aquí de un trabajo a largo plazo, pero el mantenimiento de la dinámica del proyecto conlleva ese precio, pues el apoyo de los medios implicados se convierte a su vez, con el tiempo, en el mejor medio de convencer a los responsables políticos de lo fundamentado de su decisión.

A primera vista, el magnífico proyecto de Gran biblioteca, a la vez nacional y pública, que tengo el honor de pilotar desde hace cinco años podría parecer haber resuelto el problema que abordamos hoy. Porque ese proyecto ha nacido enteramente de la voluntad política clara del

gobierno de un estado, el Quebec, que ha decidido dotar de él a sus ciudadanos, quienes jamás lo habían pedido.

En diciembre de 1996 el primer ministro del Quebec y su ministra de Cultura habían encargado un estudio de viabilidad a un grupo de trabajo salido, en su mayoría, de las bibliotecas; le habían pedido esbozar el concepto de una gran biblioteca que tendría la sede en Montreal y que acogería las colecciones de la Biblioteca Nacional del Quebec, sería también una biblioteca central para la ciudad de Montreal y serviría de diversas formas, entre las cuales las nuevas tecnologías, al muy vasto territorio del Quebec. Desde el momento en que se depositó el informe, seis meses más tarde (junio 1997), el consejo de ministros lo adoptó sin discusión. El proyecto de ley iba a caminar a partir de entonces rápidamente, habiendo versado el único debate público sobre el emplazamiento del futuro edificio en la ciudad. La ley se aprobó por unanimidad de los tres partidos representados en la Asamblea nacional en junio de 1998 y yo fui nombrada su directora en julio de 1998. El edificio fue objeto de un concurso internacional de arquitectura, su estructura se está alzando actualmente sobre la estación central de metro de Montreal y la apertura al público tendrá lugar a principios del 2005, estando para entonces nuestra arquitectura electrónica a punto para la conexión en red del conjunto de las instituciones documentales del Quebec.

Nuestra historia, no obstante, es todo lo contrario de un cuento de hadas en materia de consenso en la esfera política. Porque, si el proyecto se ha beneficiado de un sólido impulso venido de arriba, es en buena parte porque habría sido imposible que surgiera de otra forma como la demanda pública. En la práctica, no tuvimos otro aliado que el gobierno. Hay que saber que el Quebec ha sido durante mucho tiempo uno de los estados menos dotados de bibliotecas públicas en América del Norte. Mientras Ontario, nuestra rica, pero sin embargo comparable, provincia vecina, se dotaba desde el principio del pasado siglo de una buena red de bibliotecas públicas, no hace todavía treinta años que nosotros tomamos ese camino. Casi toda la población está hoy servida por establecimientos de diversas tallas, pero los índices de frecuentación, de préstamos y de compra de libros, de nuevas inversiones, se quedan siempre muy por detrás de la mediana canadiense. No tengo aquí el tiempo de explicar las razones de ese retraso –son numerosas y complejas–, pero lo subrayo porque es el paisaje de fondo del contexto adverso donde el proyecto de Gran biblioteca apareció.

Porque el anuncio de ese proyecto suscitó netamente menos entusiasmo que escepticismo y franca hostilidad. Las reticencias, y a veces la oposición, se manifestaban en diversos frentes, algunos de los cuales muy claramente afirmados:

- se dibujó un movimiento para la defensa de las "pequeñas bibliotecas", cuyo desarrollo, ya débil, se temía que sería todavía retardado por la aparición de esta "mega-institución". Los importantes créditos de los que se iba a beneficiar hubieran sido mejor utilizados, según estos opositores, en provecho de las más pequeñas instituciones de las regiones o de los barrios desfavorecidos de Montreal;
- los medios culturales, y notablemente los grupos de vanguardia, que deberían haber sido los aliados naturales de un proyecto tan ambicioso en el corazón de la metrópoli, a menudo mostraron, al contrario, un cierto desprecio por el nuevo equipamiento, tachándolo de anacrónico a causa de la inminente prevalencia de Internet, o bien declarándolo sospechoso por emanar de los centros de poder. La mayoría de los comentaristas de los medios se hacían eco de esa consigna. Por haber frecuentado

- raramente las bibliotecas públicas –pues habían conocido pocas-, esos medios no veían su utilidad y daban sin reparos a la institución el calificativo de despilfarro;
- en el mismo Montreal, los únicos apoyos sólidos de que disponíamos eran de grupos artísticos o comunitarios sitios en el barrio de la futura biblioteca y que la esperaban como a una aliada de talla. Las autoridades municipales, cuya negligencia en cuanto al desarrollo de bibliotecas era secular y, de una generación a otra, nunca había sido desmentida, la recibían, como mucho, con indiferencia. Los pocos consejeros municipales interesados en las bibliotecas la denunciaban como un insulto a la persistente pobreza de las bibliotecas de barrio.

La conjugación de esas resistencias suscitaba una especie de mala voluntad palpable alrededor del proyecto. Se lo comparaba incansablemente con la inmensa y peligrosa aventura de la Biblioteca nacional de Francia (*El titanic del libro*, había titulado la revista quebequesa más leída), se predecía nuestro fracaso, se denunciaban nuestros presupuestos a pesar del hecho de que el edificio sea, de lejos, uno de los menos costosos por metro cuadrado de América del Norte. Todas nuestras rectificaciones parecían caer en el vacío. Habrán ustedes comprendido, pues, que para mantener nuestro apoyo en la esfera política teníamos que construirnos activamente una base a otros niveles, porque ningún gobierno habría podido sostener el proyecto contra una protesta y una denigración duraderas.

El tiempo pasó y las cosas van mucho mejor, sin haberse corregido enteramente. Les hablo aquí, pues, de un *work in progress*, más que de una estrategia acabada y victoriosa. Constató simplemente que nuestros desplazamientos a las regiones suscitan ahora mucho más interés que hostilidad, que estamos desbordados de peticiones de cooperación, que vienen incluso de lugares que ayer nos miraban con altivez o desprecio, que las redes de bibliotecas construyen con nosotros instrumentos de colaboración y que los ataques frontales en los medios prácticamente han desaparecido, a pesar de algunas puyas más ligeras, pero siempre presentes. El proyecto aún está muy lejos de estar terminado, pero ahora podemos trabajar en un clima de serenidad relativa, sabiendo que para la apertura, dentro de un año y medio, será de tal calidad que convencerá, al final, a la mayoría de los ciudadanos, como ha sido el caso y la regla en todos los países y ciudades donde esos establecimientos han visto la luz a lo largo de los últimos años.

¿La receta de ese progreso? Realmente, no la hay. Nuestras comunicaciones se inscriben en la Sección de Márketing del Congreso de la IFLA, pero debo decir que el márketing, las técnicas de salida al mercado, a menudo han representado la más pequeña de mis preocupaciones. Sólo me acuerdo de esto: estábamos tan perturbados por nuestras dificultades para convencer a las regiones, a los políticos municipales, a las otras bibliotecas, a las redes culturales y comunitarias, de lo bien fundado del proyecto, que hemos debido examinar a fondo sus reticencias y encontrarles respuesta. Es el proyecto mismo que hemos tenido que adaptar, y no solamente la percepción que tenía de él la mayoría.

- Para que las pequeñas bibliotecas, lo mismo en regiones alejadas que en Montreal, encuentren beneficio para ellas en nuestra existencia en lugar de temerla, hemos puesto en marcha, mucho más rápidamente de lo previsto, los trabajos de planificación de nuestra arquitectura electrónica. Los contenidos que instalaremos en ella son ampliamente dirigidos a sus necesidades, un vasto depósito de datos podrá acoger sus datos administrativos, ayudarlas a gestionar sus perfiles de clientela. Una intranet les proporcionará referencias y recursos

profesionales en el web. Acogeremos su coordinación en nuestros muros. Trabajamos con ellas en la promoción de la lectura pública en Quebec, sostenemos proyectos e iniciativas, nuestro equipo de construcción está a la disposición de las que tienen proyectos de renovación y de ampliación. Hemos creado una dirección especializada para responder a sus necesidades.

- Para que los medios culturales se conviertan en nuestros aliados, más que en nuestros críticos más acerados, no hemos intentado pelearnos con ellos y llevar a cabo debates inútiles. Intentamos inscribirnos en cada una de las redes en que ellos habitan. Ponemos nuestros recursos actuales –que son importantes, porque antes que nada somos la Biblioteca nacional de Quebec- a la disposición del Observatorio del libro, la lectura y las bibliotecas, que reúne a todas las asociaciones y grupos significativos de la cadena del libro. Llevamos adelante, con el medio de las artes escénicas (desde el circo al teatro, pasando por la ópera y la música) un estudio general sobre la creación de un museo biblioteca de las artes vivas. Hemos instituido una dirección de investigación de la edición que actualmente realiza una cooperación científica con los medios de la investigación universitaria, ligados a nuestros fondos de colección, sobre todo en historia y literatura. Nos hemos inscrito en nuevas redes de animación cultural que hacen presión sobre los políticos de todos los niveles, en Quebec, para obtener inversiones más altas en cultura. Y eso no son más que algunos ejemplos. No lo hacemos para "ponernos en el mercado", sino porque esas acciones surgen de nuestro deber y de nuestra misión. Si su efecto colateral es hacer bajar la tensión y la desconfianza, tanto mejor...
- En Montreal hemos dedicado una atención particular a las reacciones de nuestro entorno inmediato. Nos hemos inscrito en las redes que se movilizan sobre el desarrollo del centro de la ciudad y de la preservación de su calidad de vida. antes del concurso arquitectónico consultamos, uno a uno y después en conjunto, a los medios culturales, comunitarios, educativos y comerciales que constituyen la trama de nuestro barrio de pertenencia, e intentamos lo mejor posible inscribir sus esperanzas en el cuerpo mismo de este edificio de 33000 metros cuadrados, que, evidentemente, tendrá un impacto enorme sobre la vecindad. A pesar de un contexto político bastante incómodo –los dos últimos años han estado marcados por la creación, en controversia, de una nueva ciudad de Montreal cuya talla se ha duplicado por la anexión de varios suburbios- , mantenemos contra viento y marea nuestras propuestas de cooperación con las autoridades políticas y culturales de la ciudad.

Estoy convencida, esto es obvio, que no se puede "vender" la necesidad de bibliotecas más que llevando a cabo, primero, una reflexión sobre su pertinencia en relación con las necesidades actuales de aquellos que la temen, la contestan o la encuentran inútil. Poco a poco –y hay que ser paciente- el interés que tendrán en utilizar nuestros recursos, en poner en marcha proyectos con nosotros, hará que nos apoyen cerca de los poderes públicos o, como mínimo, que no nos denigren más cerca de ellos, lo que ya será un logro enorme.

La virtud de fondo que predico aquí no impide, sin embargo, que nos dotemos, por lo demás, de instrumentos útiles para la difusión de la buena nueva, y así lo hemos hecho.

- hemos paseado nuestros penates por casi todas las regiones del Quebec, instalando un stand en los muy dinámicos salones regionales del libro que se suceden de estación en

estación. Cada vez hemos aprovechado para organizar encuentros con el conjunto de los grupos culturales y educativos interesados, desde los libreros hasta los enseñantes, así como con los políticos municipales. Nuestras relaciones con la gente del municipio son casi personales desde entonces; jugamos un papel importante en un organismo nacional de concertación llamado Las Artes y la Ciudad, que reúne políticos municipales y representantes de los medios artísticos. Esa *tournée* perpetua es un instrumento precioso y nos asegura alianzas que completan nuestra relación directa con el gobierno del Quebec, del qual dependemos enteramente, pues somos una Sociedad de Estado (estatuto inédito para una biblioteca en América del Norte).

- hemos revisado todos nuestros instrumentos de comunicación (folletos, publicaciones, página web) inscribiéndolas en las corrientes más actuales del grafismo, de las presentaciones, de la redacción. El hecho de haber tenido un concurso nacional de diseño para el mobiliario de la Gran biblioteca ha hecho mucho para ponernos de relieve ante el medio muy influyente que es la industria montrealés del diseño... La percepción anacrónica de las bibliotecas es un obstáculo real para su valorización en la ciudad y su inserción en los nuevos circuitos de influencia.
- hemos desarrollado un conjunto de argumentos para los medios económicos (la biblioteca de economía y negocios), para los políticos inquietos por sus poderdantes (los servicios a los recién llegados, los servicios a los trabajadores autónomos y a las pequeñas empresas, la ayuda a la alfabetización, la iniciación a las nuevas tecnologías) y, haciendo esto para los ministerios distintos del nuestro –el de Cultura y comunicaciones. El realismo debe prevalecer aquí: no es recitando los grandes principios de la UNESCO ante los poderes públicos como los convenceremos de la necesidad de dotar ciudades y país de bibliotecas. Es tomándose la molestia de informarles sin cesar de los instrumentos que la biblioteca puede poseer para contribuir a sus proyectos más actuales. Después de todo, si nosotros nos hemos convencido un día de su carácter esencial, no es porque nos hayan declamado su catecismo oficial, más bien porque hemos tomado un libro suyo en préstamo, porque hemos oído allí a un escritor, porque allí hemos conocido, estudiando, momentos de descubrimiento y felicidad. Desde que hago valer la oferta concreta de la biblioteca veo iluminarse las caras.

Hace tres meses, el alcalde de una ciudad quebequesa más próxima al Atlántico que a Montreal me hizo la siguiente observación al final de una de nuestras excursiones a su región. "Si le comprendo bien, señora, dotaremos a nuestra biblioteca de equipamientos de tecnología punta y tendremos acceso a casi todos sus servicios. Lo hemos comprendido y lo haremos." Su reflexión puede parecerles anodina, pero habría sido inconcebible tres años antes, cuando ni siquiera hubiera acudido a nuestra cita.

Todo mi propósito es muy simple, teniendo en cuenta el tema de nuestro encuentro de hoy. Si nuestras acciones y nuestro mensaje son marcados, primero y antes que nada, por el espíritu de servicio, crearemos alianzas durables. La travesía del desierto, para la Gran biblioteca de Quebec, está lejos de haber acabado. Pero, de la manera que van las cosas, no creemos que haya que cambiar de camino.